

10
LA BIBLIOTECA DE LUIS ALBERTO DE CUENCA

81
LOS VERSOS DE CORDELIA

La Vida
en Llamas
(1996-2005)



Primera edición en LOS VERSOS DE CORDELIA, mayo de 2023

Edita: Reino de Cordelia

www.reinodecordelia.es

  @reinodecordelia  facebook.com/reinodecordelia

 www.youtube.com/c/ReinodeCordelia01

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

C/Agustín de Betancourt, 25 - 5º pta. 24

28003 Madrid

 El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

© Luis Alberto de Cuenca y Prado, 2006, 2023

Edición crítica y prólogo de © Daniel Fernández Rodríguez & Clara Monzó Ribes, 2023

Ilustración de cubierta: © Miguel Ángel Martín, 2021

IBIC: DCF | Thema: DCF

ISBN: 978-84-19124-06-7

Depósito legal: M-13038-2023

Diseño y maquetación: Jesús Egido

Corrección de pruebas: María Robledano

Imprime: Técnica Digital Press

Impreso en la Unión Europea

Printed in E. U.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

La Vida
en Llamas
(1996-2005)

Luis Alberto de Cuenca

Edición de Daniel Fernández
y Clara Monzó



Índice

«Donde comienza el mundo»: <i>La vida en llamas de Luis Alberto de Cuenca</i>	II
Nota a esta edición	29
Bibliografía	3I
LA VIDA EN LLAMAS (1996-2005)	33
LÍNEA CLARA	37
Línea clara	39
La canción de Feste	4I
El franciscano Odorico da Pordenone llega a Zaitón en 1325 y come pasta por primera vez en casa de una dama armenia, rica y devota	43
José María Sert	47
El sueño de Coleridge	49
Bajorrelieve asirio	5I
Terror que salva	53
Sombras de bibliofilia	55
Misión cumplida	57
La locura en el <i>Quijote</i>	59

CARTELES DE CINE	61
<i>Die Nibelungen</i> (1923-1925)	63
<i>Scarface</i> (1932)	65
<i>Münchhausen</i> (1943)	67
<i>The Big Heat</i> (1953)	69
<i>The Horse Soldiers</i> (1959)	71
<i>Hatari!</i> (1961)	73
<i>My Fair Lady</i> (1964)	75
<i>Star Wars</i> (1977)	77
<i>Beauty and the Beast</i> (1991)	79
<i>Shrek</i> (2001)	81
LIEDER	83
Sobre héroes y tumbas	85
El cuarto oscuro	87
Brujas suicidas en un bar	89
El rescate	91
Canción épica	93
La reina y el enano	97
Libertad	101
Elogio de la pena	103
Esmeralda la zíngara	105
<i>La Belle Dame sans Merci</i>	107
RESINA FÓSIL Y OTROS HAIKUS	109
Resina fósil	111
Perceval	112

Ulises	113
La planta muerta	114
<i>Balmoral</i>	115
Contigo	116
<i>Psalle et sile</i>	117
Rumor de miel	118
Ondina	119
Pablo y Virginia	120
El héroe	121
Extraño traje	122
En la corte de Alcínoo	123
Tú eres la noche	124
Amanecer	125
Oración	126
Canción de cuna	127
Bella durmiente	128
El tercer hombre	129
El silencio blanco	130
CRÓNICA DE SUCESOS	131
En el supermercado	133
En el bar	135
Tamaño natural	137
No conoces la siesta	139
La mosca del hotel <i>Alfonso XIII</i>	141
La mujer sin cabeza	143
No puedo soportarlo	145

La loca del pelo rojo	147
El fin de la cotorra	149
<i>Memorabilia</i>	151
LA MUJER DEL VAMPIRO	153
La mujer del vampiro	155
La casa de las fábulas	157
El ático	159
<i>Eis heautón</i>	161
Onanismo	163
Los libros de la noche	165
Pienso en ti	167
Difícil travesía	169
La cómplice del crimen	171
No está muerta	175
EL JARDÍN DE ALICIA	177
Aparición	179
Encuentro	181
Alicia	183
Dame de beber	185
<i>Political Incorrectness</i>	187
No me las enseñes más	189
Estambul 2002	191
S'Agaró	193
Aiguablava	195
Fe de erratas	197

«Donde comienza el mundo»: *La vida en llamas* de Luis Alberto de Cuenca

EN *LA VIDA EN LLAMAS* el lector encontrará nada menos que al mejor Luis Alberto de Cuenca. O sea, al Luis Alberto de Cuenca de la épica y del cine, de los tebeos y del *noir*, de la filología y la poesía. Al poeta que lo mismo nos hace suspirar por Leia Organa y Perceval que nos emociona con Shrek y (por qué no) su amigo Ulises. *La vida en llamas* nos invita a asomarnos al universo en el que habita desde niño Luis Alberto de Cuenca: un laberinto amable cuyas anchas avenidas trazan el rostro del escritor, con sus amores, aficiones, angustias y obsesiones. En fin, que *La vida en llamas*, como toda la poesía de Luis Alberto de Cuenca, nos da la bienvenida a una concurrida fiesta literaria en la que uno se siente como en casa y se dedica a departir con invitados de mucha solera, desde los nibelungos a Tintín. Una fiesta en la que se sirve solo un cóctel, el favorito del autor y de su admirado Lope: la vida puesta en verso. Abramos entonces, sin vergüenza alguna, sus puertas, todas sus puertas.

La vida en llamas, décimo poemario de Luis Alberto de Cuenca, es libro de largo aliento, fraguado a lo largo de una década. Galardonado con el XXVII

Premio Internacional de Poesía Ciudad de Melilla, las poesías que lo conforman se escribieron entre 1996 y 2005, como el propio escritor declara en nota a la primera edición, publicada en 2006. De este modo, algunos poemas son previos al libro anterior, *Sin miedo ni esperanza* (2002), aunque los más de ellos vieron la luz entre octubre de 2002 y junio de 2005, como se advierte en esa misma nota. Se trata, pues, de un libro cocido a fuego lento, y cuyo diseño textual se antoja fruto de una meticulosa labor por parte del autor.

Así lo sugiere cuando menos la disposición tan ordenada de sus ochenta poesías, distribuidas en siete secciones de diez textos cada una, salvo la central, formada por veinte haikus, cantidad que compensa la brevedad de la estrofa.¹ Esta arquitectura permite armonizar el conjunto y organizar los poemas de acuerdo con su temática, a la par que confiere a *La vida en llamas* una suerte de estructura cerrada, tan reivindicada por el autor respecto a sus poemas, y que en buena medida se refleja asimismo en la confección global del libro.² Tal y como le gusta hacer a nuestro poeta, la distribución en secciones y sus prometedores títulos pretenden embelesar al visitante con un variopinto museo de temas, formas y ambientes (*et per tal variar natura è bella*, repetían en el Siglo de Oro). No obstante, en cuanto reflejo del personalísimo mundo

¹ Lo explica Luis Miguel Suárez Martínez (2010:305), que ha estudiado al detalle *La vida en llamas*.

² Ello no obsta para que *La vida en llamas*, como en general los libros de Luis Alberto de Cuenca y de tantos otros poetas, constituya ante todo una reunión ordenada de poesías, como declara él mismo en una interesantísima entrevista a Ana Eire (2005:92), en la que afirma no planear jamás la estructura de sus criaturas: «Reúno los poemas y después sale el libro. [...] Escribo poemas y después los voy organizando. Nunca sería capaz de escribir un libro de poesía, porque eso sería como escribir una novela».

poético de Luis Alberto de Cuenca, la unidad del libro está más que garantizada, como percibirá enseguida todo aquel que se adentre en sus páginas. Nada mejor entonces, para acompañar al curioso lector de *La vida en llamas*, que ir paseando por cada una de las salas de esta fascinante mansión, en la que nos aguardan quijotes, brujas y asesinos, libros, jardines y vampiros, bellas y bestias.

El título de la primera sección, *Línea clara*, constituye toda una declaración de intenciones. Esta expresión, procedente del cómic franco-belga, la adoptó en su día José Luis García Martín para designar el estilo de madurez de Luis Alberto de Cuenca —a partir, fundamentalmente, de *La caja de plata* (1985)—, y con el andar del tiempo se ha convertido en santo y seña del poeta. Así lo demuestra el primer poema del libro, titulado igualmente «Línea clara». En él, la voz poética (tras la que asoma la nariz el propio escritor) refiere las habladurías y críticas de los detractores de turno, que le afean en suma que sus versos se entiendan sin grandes dificultades y que lleguen a todo el mundo. El poema inicial, que se hace eco de viejos debates poéticos (la poesía como comunicación o como conocimiento, la poesía del silencio, etc.), se cierra con un broche estupendo en forma de llamada de socorro a una de las grandes amistades de Luis Alberto de Cuenca: «Defiéndenos, Tintín, que nos atacan».³ Nadie mejor que el personaje de Hergé para zanjar la postura del poeta en

³ «Me he pasado la mayor parte de mi vida pegado a un libro o a un tebeo», confiesa Luis Alberto de Cuenca —y bien lo saben los aficionados a su poesía— en un artículo titulado justamente «Leer», recogido en *Etcétera* (Cuenca 1993:37).

torno al mester literario. Porque la suya es una poesía «en la que cabemos todos», en hermosas palabras de Rodrigo Olay (2017:28). Así lo reivindica Luis Alberto de Cuenca siempre que tiene ocasión, con el entusiasmo y el desenfado que le son propios:

«Me gusta recordar que mi poesía suele gustarle a gente que no lee poesía o piensa que la poesía es un asunto de señoras cursis y/o de tarados. Eso demuestra que la poesía puede y debe salir del *ghetto*, de las mafias y sectas, del malditismo. De su propia y tediosa iconografía».⁴

Contra lo que quizá cabría esperar tras leer el alegato de «Línea clara»,⁵ la primera sección de *La vida en llamas* ahonda en el culturalismo, patente asimismo en los dos apartados siguientes, pero mucho menos en los últimos. De hecho, y volviendo a la cuestión de la meditada organización del libro, *La vida en llamas* parece dispuesto según una rigurosa estructura simétrica, en cuyo centro figura la serie dedicada al haiku, precedida y seguida de tres apartados de tono ligeramente (solo ligeramente, como veremos enseguida) distinto:

⁴ La cita procede de «Mi poesía», un artículo que ahora puede leerse en el reciente *Sobre mi poesía (1971-2018)*, editado por Rodrigo Olay y Pablo Núñez (Cuenca 2020:91).

⁵ Un texto, no estará de más recordarlo, cuya andadura comenzó como «una broma coyuntural en forma de poema» (Cuenca 2020:84), que Luis Alberto de Cuenca recitó en un seminario sobre poesía española dirigido por Víctor García de la Concha.

Podemos distinguir dos partes diferentes en el libro. En la primera, formada por los tres primeros apartados, predomina —a veces casi de forma profusa— el componente culturalista; la segunda, constituida por los tres últimos, se caracteriza por la práctica desaparición de elementos libresco explícitos y por la presencia casi constante de elementos intimistas y cotidianos. En medio queda «Resina fósil y otros haikus», que participa de ambos modos poéticos (Suárez Martínez 2010:306).

Pero volvamos al título que nos ocupa, *Línea clara*. ¿Por qué, entonces, bautizar así una sección eminentemente culturalista y encabezarla con un poema homónimo en pro de la poesía cercana? Nos parece que la respuesta tiene que ver justamente con la concepción luisalbertiana de la literatura (y de la vida, si es que una y otra pueden separarse). Porque las poesías de Luis Alberto de Cuenca, ya versen sobre un soñado ejemplar intonso del *Diable amoureux* de Jacques Cazotte ilustrado por Flaxman, Blake y Füssli (*Línea clara*), ya describan la tienda de campaña donde dos amantes viven «calentitos, felices» (*El jardín de Alicia*, última sección), todas sus poesías, conviene no olvidarlo, tratan sobre la vida. Pero una vida, eso sí, que bebe tanto de la brisa de la calle como del aroma de los libros, que vive con igual pasión un cantar de gesta que un amorío vespertino. De ese modo, para emocionarnos y divertirnos, Luis Alberto de Cuenca no tiene por qué renunciar a su amor por los clásicos ni a su devoción por Calímaco o Guillermo de Aquitania. Al contrario, son esas pasiones suyas, literatas y eruditas, las

que nos conmueven, justamente por lo que tienen de aficiones sinceras y vividas, y recreadas siempre con el corazón en la mano y la vista puesta en el lector de a pie. De ahí que no resulte extraño, sino muy ilustrativo y aun provocador, que una sección presidida por la famosa línea clara albergue títulos como «Bajorrelieve asirio», «Sombras de bibliofilia» o «La locura en el *Quijote*», que no nos hablan sino de los gustos, miedos y convicciones de un poeta que, con todas las máscaras que se quiera, al escribir busca ante todo entenderse y que le entiendan.

Como suele ocurrirles a los buenos poemas, ninguno en esta primera sección precisa de mayores explicaciones para ser comprendido y degustado, pero la experiencia lectora de todos ellos se enriquece al desvelar el entramado intertextual subyacente. No estará de más entonces pasar revista somera a algunos de sus temas y personajes. Sin duda uno de los textos de raigambre más literaria es «El sueño de Coleridge», que trata sobre «Kubla Khan»,⁶ un largo poema que el vate inglés —según propia confesión— concibió en sueños tras haber ingerido opio, pero del que, al despertar, solo alcanzó a transcribir un fragmento. La recreación luisalbertiana, cuyo título procede de un texto homónimo de Borges, modifica algún detalle de la historia (Coleridge se durmió leyendo un pasaje sobre el palacio del Gran Khan escrito por Samuel Purchas, no por Marco Polo) y, sobre todo, atribuye a

⁶ No está de más recordar, dada la pasión de Luis Alberto de Cuenca por el cine, que *Xanadú* es precisamente el nombre con que Charles Foster Kane, protagonista de *Ciudadano Kane*, bautiza a su monumental finca.

los «cincuenta y tantos versos rimados e irregulares de prosodia exquisita» de Coleridge —la cita es de Borges— la invención de la mezcla de lectura y sueño como receta literaria. Mezcla que resultó muy fructífera con el paso de los años, sin ir más lejos en manos de Luis Alberto de Cuenca, al que tanto interesa el mundo onírico.

Una de las poesías más aclamadas, con razón, de esta primera serie es el monólogo dramático en boca de Odorico da Pordenone (cuyo prolijo y detallado título, como ya hiciera en un célebre soneto de *La caja de plata*, remeda burlonamente las explicaciones que los editores del Siglo de Oro solían anteponer a los poemas a la hora de publicarlos), misionero franciscano que a comienzos del siglo XIV emprendió unos larguísimos viajes a través de Asia, que alimentaron durante muchos años la fantasía y curiosidad de los europeos. Como también la de nuestro poeta, que imagina al intrépido viajero en Quanzhou (China) saboreando por vez primera la pasta, acontecimiento que marcará su vida para siempre. Es un ejemplo del cariz alegre que impregna buena parte de *La vida en llamas* (libro, en general, más jubiloso que los dos anteriores, *Por fuertes y fronteras* y *Sin miedo ni esperanza*), y que se observa en otras composiciones de esta primera sección. Es el caso de «La canción de Feste», versión cuenquista de la tonadilla con que el bufón Feste remata la comedia *Twelfth Night* de Shakespeare, o de «Misión cumplida», toda una lección, tan divertida como metapoética, sobre cómo renovar las viejas formas (el soneto) y los viejos temas (el paso de la juventud) sin renunciar ni al rigor técnico ni al buen humor. Este primer apartado,

como el resto del libro, abunda en temas literarios y artísticos, pero no —lo decíamos antes— para hacer alarde de cultura, sino como sincera necesidad vital, posiblemente compartida con muchos lectores: de ahí los tan sentidos homenajes a los libros y géneros literarios más apreciados por el poeta, que tan pronto nos socorren como nos desvelan («Terror que salva», «Sombras de bibliofilia»), o al arte que, a través de los tiempos y el olvido, emociona profundamente al espectador («José María Sert», «Bajorrelieve asirio»). No es casualidad que la disquisición sobre el *Quijote* con que se cierra *Línea clara* verse precisamente sobre la apabullante presencia de la vida cotidiana en «la más alta historia que se haya escrito nunca». La literatura y la vida. La literatura o, mejor dicho, la vida.

En la segunda parte del libro, *Carteles de cine*, el poeta nos regala una entrada y nos invita a arrellanarnos cómodamente en la butaca para ver con él sus películas favoritas. Resulta inevitable asentir con entusiasta aprobación al recordar las escenas de hoy y de siempre que vuelven a nosotros como viejos conocidos: cómo no darle la razón a Luis Alberto de Cuenca, por ejemplo, cuando dice que los tipos como Higgins (aquel lingüista cínico de *My Fair Lady* empeñado en transformar a Eliza Doolittle en toda una dama) no tienen solución. Estos carteles brillan en el corazón de un callejón americano, con colores estridentes y el nombre en letra grande, bien visible, de aquellos que entonces no eran actores sino estrellas. Desde el primer poema, dedicado a los *Nibelungen* de Fritz Lang, los versos nos devuelven la imagen de un espectador deslumbrado.

La Vida en Llamas

(1996-2005)





para la reina del Karoo

Línea clara



Línea clara

a Pollux Hernández

DICEN QUE HABLAMOS claro, y que la poesía no es comunicación, sino conocimiento, y que solo conoce quien renuncia a este mundo y a sus pompas y obras —la amistad, la ternura, la decepción, el fraude, la alegría, el coraje, el humor y la fe, la lealtad, la envidia, la esperanza, el amor, todo lo que no sea intelectual, abstruso, místico, filosófico y, desde luego, mínimo, silencioso y profundo—. Dicen que hablamos claro y que nos repetimos de lo claro que hablamos, y que la gente entiende nuestros versos, incluso la gente que gobierna, lo que trae consigo que tengamos acceso

al poder y a sus premios y condecoraciones,
ejerciendo un servil e injusto monopolio.
Dicen, y menudean sus fieras embestidas.

Defiéndenos, Tintín, que nos atacan.

La canción de Feste

FUI pequeño una vez,
con el sí, con el no, con el viento y la lluvia.
Entonces la locura no era más que un juego,
pues todos los días llueve.

Me convertí en un hombre,
con el sí, con el no, con el viento y la lluvia,
y el mundo me dio con la puerta en las narices,
pues todos los días llueve.

Pero, ¡ay!, al casarme,
con el sí, con el no, con el viento y la lluvia,
no pude hacerme rico revendiendo a mi esposa,
pues todos los días llueve.

Cuando volvía a casa,
con el sí, con el no, con el viento y la lluvia,
estaba tan borracho que en pie no me tenía,
pues todos los días llueve.

Si no os parece mal,
con el sí, con el no, con el viento y la lluvia,
dejaré mi canción a quien no la merezca,
pues todos los días llueve.

El franciscano Odorico da Pordenone
llega a Zaitón en 1325
y come pasta por primera vez
en casa de una dama armenia, rica y devota

a la memoria de Manuel Lara Cantizani

HEME AQUÍ enfrente de Formosa, que todavía no se llama así, porque los portugueses no le han puesto aún ese nombre. Hace un mes que salí de Cantón, bordeando la costa, y mi junco atracó en el fondeadero de Zaitón, una de las ciudades más importantes de Catay, tan grande como dos o tres Bolonias (por lo menos). Aquí mi superior, Juan de Monte Corvino, fundó hace quince años dos conventos de nuestra orden. En uno de ellos he encontrado hospedaje. Conmigo, las reliquias de cuatro franciscanos muertos en Tana, cerca de Bombay, donde los cristianos —lo sé por experiencia— son cruelmente perseguidos.

Para dar a esos restos el eterno descanso me entrevisto con una
dama armenia, rica y devota,
que ha construido aquí una espaciosa y bella catedral.
La dama es vieja, más que yo, que ya no cumpliré los sesenta, y
muy elegante.

Vino a Zaitón muy joven, recién casada con un mercader de Erzerum
que ahora lleva muerto muchos años y a quien no pudo darle hijos.
La pulcra anciana me recibe con parsimonia y me invita a comer.
Las esclavas traen grandes boles con arroz, y bandejas con carne
de pato
cortada en láminas casi transparentes, y verduras y frutas de mil
colores.

Como con apetito, mientras mi anfitriona me habla de los falsos
dioses de China.

De repente, se anuncia el plato principal del festín,
unas finas hebras nadando en el sabroso mar de un caldo oscuro y
humeante
que parece reproducir el escenario acuático donde surgió la vida
hace Dios sabe cuántos evos.

«Es pasta», me dice la viuda, «una comida sana y energética,
vigorizante, digestiva. ¿No la toman ustedes en Italia?».

«No, mi señora, y debo confesaros, sin temor a equivocarme,

que es el manjar más delicioso que he probado en mi vida». Pasamos a las condiciones de entrega de las reliquias y a la ubicación de los sagrados restos en el templo. Pero desde que aquellas hebras prodigiosas pasaron de la mesa a mi estómago tengo la mente en otra parte, mi cabeza no está en el mundo.

José María Sert

para Elena Casas

EL SEPIA sobre el oro: gesta inútil
del héroe, paraíso de los símbolos
que ennoblecen al hombre, Juan Eduardo
Cirlot de la pintura, sombra mística,
himno de gloria con sabor a infierno.
Los de siempre han urldido sus historias
y han fabricado sus genealogías
al margen de tus épicos murales.
Nos han legado un mundo de opiniones
injustas y de juicios arbitrarios
donde Verdad y Bien están proscritos
y reinan la impostura y la tibieza.
José María Sert, perdónalos,
porque no saben lo que hacen.

El sueño de Coleridge

HA LEÍDO *El Millón* de Marco Polo y ha soñado con él. De la llegada de los Polo ante Kublai, en Shangdu (donde estaba el palacio de verano del Gran Khan), se han quedado en su memoria alguna frase aislada, algún detalle, algunos nombres propios y una atmósfera que luego el sueño irá desdibujando. Cuando escribe el poema, no sospecha que esa hábil mezcla de lectura y sueño iba a dar mucho juego en poesía y que él había sido su inventor.

Bajorrelieve asirio

Los asirios basaron su sistema de gobierno en la crueldad y el terror. Asiria nunca dio nada a cambio de los tributos que imponía: ni una administración, ni una cultura, ni siquiera seguridad; tan solo miedo. Cuando Nínive, la «madriguera de los leones» de la Biblia, cayó, en 625 antes de Cristo, todo el Creciente Fértil respiró aliviado. Nadie lamentó su destrucción. Nadie se preocupó de reconstruirla. Nínive fue abandonada para siempre, e incluso se perdió la memoria de su asiento.

JOSÉ PIJOAN

LES GUSTABA MATAR, deportar muchedumbres,
empalar, cortar cuellos y levantar pirámides
de cabezas cortadas, incendiar las cosechas,
desollar a los hijos de los reyes rivales
y clavar sus pellejos en las torres más altas
de sus propios palacios, saquear las ciudades
rebeldes y cegar el cauce de los ríos
con pilas de cadáveres...

Y, sin embargo, cuánta enorme y delicada
belleza y cuánta vida terrible y fascinante

puede uno encontrar en las salas asirias
del Museo Británico. Yo cambio todo el arte
occidental del siglo XX por uno solo
de esos bajorrelieves que hacen hervir la sangre.

Terror que salva

a la memoria de Alberto Sánchez Álvarez-Insúa

EL TERROR está ahí fuera, donde comienza el mundo y termina la paz augusta de los libros, en las espesas sombras de las que se compone la realidad. Y solo podemos superarlo por medio del terror fantástico, ese género literario que sirve de refugio seguro frente a las inclemencias del exterior, la llave que nos abre la puerta del consuelo, la única barricada posible contra el miedo de ahí fuera. Y ese terror ficticio no nos aterroriza ni nos llena de angustia, sino que nos defiende del otro, del real —de la vida—, y nos salva.

Sombras de bibliofilia

a Francisco Aguilar Piñal

CUÁNTAS VECES, durmiendo, has rescatado
libros inexistentes e imposibles
de las estanterías del olvido
(un ejemplar intonso, por ejemplo,
del *Diable amoureux*, de Jacques Cazotte,
ilustrado por Flaxman, Blake y Füssli
a comienzos del siglo XIX).
Cuántas veces el libro de tus sueños
se ha convertido, al despertar, en humo.

Misión cumplida

a Javier del Prado, de nuevo

LA VECINA del sueño psicopático
que soñamos tú y yo en el Pleistoceno
se ha convertido en un «jardín ameno»
y en un mero ejercicio epigramático.

Instalados, *hélas!*, en el apático
vergel de la Bondad, en el sereno
templo de la Razón, ya no hay veneno
que nos conduzca por camino errático.

Terminó la misión de ir por la vida
cargándose vecinas inocentes.
Hacer sonetos es lo que ha quedado

de aquella furia loca y desmedida
que hizo arder en su hoguera nuestras mentes
e incendió de pasión nuestro pasado.

La locura en el *Quijote*

CUANDO A UNO lo invaden las luces y las sombras del *Quijote*, no duda de que hay vida allí dentro, una vida que presta ritmo de bodegón al paisaje romántico de la caballería.

No hay personaje, escena, situación o diálogo de la más alta historia que se haya escrito nunca en que no sienta cátedra de humildad o altivez la miserable vida, la prodigiosa vida de los seres humanos, la triste y deslumbrante máscara que reúne, en un solo *bouquet* de gestos, destrucción y plenitud, y sabe circular por la calle del desengaño como por un edén de raras e impensables delicias, con la misma pagana displicencia que Venus

recorriendo las salas etéreas del Olimpo.
Locura, cómo no, mas templada en el yunque
del vivir cotidiano, de modo que, por arte
de magia, esa locura se puede convertir
en *sagesse* verlaineana, a poco que la muerte
enseñe los colmillos más allá del espejo.

Die Nibelungen (1923-1925)

A PARTIR de las láminas que ilustraban el libro donde leí el cantar, puse cara a la gente que salía en las páginas del *Nibelungenlied*. Pero aquellas imágenes estáticas se vieron superadas muy pronto por los apasionantes fotogramas del filme. Desde entonces el mundo de Sigfrido y de Hagen es para mí el que Lang retrató en su película (de la misma manera que Ulises es Kirk Douglas o que Falstaff es Welles). Y aquel mundo germánico de enanos y valquirias, y de héroes que se bañan en sangre de dragón, y de damas capaces de llevar su venganza hasta extremos difíciles de entender, y de príncipes heroicos y traidores a la vez, y de espadas

con nombre, y de conflictos étnicos solapados por historias de amor, se convirtió en un mundo que Lang dejó soñado para la eternidad (de la misma manera que la imaginería del *Orlando furioso* en nuestro subconsciente depende de Doré).

Pero de las bellísimas e inquietantes imágenes reunidas por Lang, la del asesinato de Sigfrido por Hagen se me quedó a vivir para siempre en mi alma. «Sus ojos me deslumbran. Cerradlos. ¡Es tan joven!». Son palabras de Bosola en *The Duchess of Malfi*, de Webster. Viene bien recordarlas aquí.

Scarface (1932)

ESTOS VERSOS limitan al Norte con el cine de gánsters, mi subgénero favorito. Los gánsters son para el siglo XX lo mismo que los héroes de Homero para el mundo micénico, o los nobles y errantes caballeros de Chrétien para el siglo XII. Ni más ni menos. Pero la diferencia entre los arquetipos heroicos del pasado y los gánsters de ahora consiste en que, si aquellos solían proceder de las clases sociales más altas, estos han nacido en el arroyo y actúan como símbolos de la implacable lucha que los desheredados emprenden por librarse del *ghetto* y ascender en la escala social. Por las viejas películas de gánsters se pasean

todos los ingredientes de que constan los viejos mitos del heroísmo, con todo su *Volksgeist*.

Estos versos limitan al Sur con unas líneas que escribí en el triásico, cuando los dinosaurios conquistaron la Tierra, y en las que lamentaba no haber visto *Scarface*.

Al Este, con Paul Muni
(o con Tony Camonte, que viene a ser lo mismo).

Y al Oeste, con Cesca y con Poppy, dos chicas
(Ann Dvorak, Karen Morley) que nunca olvidaré.